

300
P16R



AÑO V - NUM. 192

Director,
PROSPERO CALDERON

San José de Costa Rica. Tip. Nacional.

PAGINAS ILUSTRADAS

Cuerpo de redacción

Sección científica

Don J. Fidel Tristán

Don Anastasio Alfaro

Sección literaria

Don Claudio González Rucavado

Don Daniel Ureña

Don León Fernández Guardia

Sección europea

Dr. Don Teodoro Picado (Calibán)

Corresponsal en España (Barcelona)

Don César Nieto

Colaboradores fotográficos

Don H. N. Rudd *Sres. Pavuter Bros.*

Don Fernando Zamora *Don Max. Rudin*

Don Federico Moya C.

Fotógrafo

Don Próspero Calderón

NOTAS

Murió el miércoles próximo pasado, la apreciable señorita Atilia Madriz, después de haber sufrido con cristiana resignación una cruel enfermedad que tronchó el hermoso capullo cuando iba á abrir su corola al sol del amor que ya le preparaba un hogar de dicha.

Damos el más sentido pésame á su familia y á nuestro muy querido amigo el culto caballero don Alfredo J. de León.

A la familia de don Jesús C. Cubero, damos el más sentido pésame por la muerte de la señora doña Joaquina Montoya, acaecida en Cartago el domingo próximo pasado.

Instituciones democráticas.—Presidencia de la República.—Tal es el título de un folleto del cual hemos recibido, con galantes dedicatorias, dos ejemplares. Es su autor el talentoso joven Lic. don Ernesto Martín, quien en más de una ocasión ha dado pruebas de su inteligencia y laboriosidad. El Lic. Martín es de los que van á la vanguardia de nuestra juventud luchadora. Su último trabajo revela la serenidad de su juicio y la ilustración adquirida en el estudio constante; pero lo que más admiramos en su autor, es su modestia.

Vaya para el amigo nuestra sincera felicitación, junto con las más expresivas gracias por su valioso obsequio.

Saludamos respetuosamente á la señora doña Atilia Trejos de Irias, quien acaba de llegar de Nicaragua. Sea bienvenida.

Deseamos que nuestro apreciable amigo don Joaquín Arciniegas recupere su salud, un tanto quebrantada.

De Santa Ana han regresado á esta capital nuestro distinguido amigo don Justo Facio y su señora. Los saludamos atentamente.

Del mismo lugar han regresado don Guillermo Vargas y su apreciable esposa. También los saludamos.

Se anuncia la pronta llegada al país de los caballeros centroamericanos Dr. don Salvador Gallegos y don Policarpo Bonilla, quienes han sido nombrados para integrar la Corte de Justicia Centroamericana.

Se encuentra enfermo el Lic. don José Joaquín Rodríguez. Quiera el cielo devolverle cuanto antes su salud, para regocijo de su familia y de sus amistades.

Felicitamos á nuestro distinguido corresponsal y amigo don Justo A. Facio, por haber sido nombrado socio correspondiente del Ateneo de Panamá y de la Academia de Ciencias, Artes y Letras de El Salvador.

Sigue mejor de su enfermedad la apreciable señora doña Pepa de Bertheau. Ojalá se encuentre restablecida del todo cuanto antes.

Enfermo de cuidado está el señor don Melchor Cañas. Hacemos votos por su mejoría.

Con rumbo á su patria, Panamá, partieron los apreciables caballeros, amigos nuestros muy estimados, don Alejandro Dinary y don Alberto S. Boyd. Que tengan feliz viaje y no echen en olvido á los que los estimamos aquí con verdadero cariño.

El apreciable señor don Darío Vallarino partió en unión de su familia para Panamá. Feliz travesía.

Saludamos atentamente al caballero don Federico Boyd, digno candidato á la Presidencia de la República de Panamá, quien acaba de regresar al país.

ROMERO

TIENDA y ALMACEN de gran LUJO

TODO CUANTO SE NECESITE PARA VESTIR BIEN
SURTIDO EXPRESAMENTE DE EUROPA Y ASIA
RENOVADO POR CADA VAPOR

TRAUBE

Gran Fábrica de Cervezas
FABRICA de AGUAS GASEOSAS

Fábrica de Hielo

EL GRAN GUSTO DE MIS CLIENTES

la califica como Superior á cada instante

PLATERIA-PARIS

Frente al Parque Fernández

y al Banco de Costa Rica

FÁBRICA

de alhajas sólidas y artísticas,
trabajadas á satisfacción
del más refinado gusto.

ELEGANTES MONOGRAMAS

en esmalte

Y TODA CLASE DE GRABADOS

Compra de oro de alhajas destruídas.

fotografía Artística

Este nuevo taller quedará abierto
al público próximamente.

FOTOGRAFÍAS

de verdadero gusto.

MODELOS ORIGINALES

TRABAJOS DE ARTE

Calle de la Estación, frente á la casa
de don Salvador Lara.

f. Robert

LINEA
de VAPORES
de la

UNITED
FRUIT Co.

La Compañía ha reanudado el servicio semanal entre Limón y Boston con los vapores

Limón, San José y Esparta

Estos rápidos vapores con todas las comodidades modernas, salen cada semana directamente para Boston.

Pasaje de ida \$ 60-00 oro am.

Pasaje de ida y regreso . 110-00 ,,

Al servicio de la línea á New Orleans se han puesto cómodos vapores que gastan sólo cuatro días y horas en hacer la travesía.

Pasaje de ida \$ 50-00 oro am.

Pasaje de ida y regreso . 80-00 ,,

Para informes, dirigirse á las Oficinas de la United Fruit Co., en San José ó en Limón.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 192

Las guacamayas

Ofrenda á doña Natalia de Facio

*Sobre la selva virgen de altivos huiscocoyoles,
que abanicán las hojas de las verdes pacayas,
batiendo treinta remos van quince guacamayas,
luciendo luengas colas de vivos tornasoles.*

*El éxodo es distante: quizá de cuatro soles;
alegres van en busca de tropicales playas,
de marañones rojos y frutecidas hayas
ò de la copa fresca de enhiestos guapinoles.*

*Al quebrarse los besos del Sol sobre sus plumas
semeján gallardetes de mirrice y de gualdas
y atruenan el espacio con estridente grito.*

*Amadas de Atahualpa y de los Motezumás,
al dilatar el vuelo, parecen esmeraldas
rayando el lapislázuú del éter infinito.*

Lisimaco Chavarria

3º—Movimiento demográfico

Ningún provecho se hubiera sacado en cuadrar el terreno que hoy ocupa la ciudad de San José, si no hubiera habido pobladores. El gran progreso de la ciudad se debe á varias causas y una de ellas, eso sí no es la más importante, es el aumento de población.

El ensanchamiento de la ciudad por lo general va acompañado de aumento de población, pues éste seguramente origina aquél.

La población de San José es muy variada en los datos anteriores á 1864, porque se presenta una gran dificultad, y es que nunca se trata de la ciudad de San José, sino del cantón de San José (1). Aunque en el censo de 1824 se anota que la ciudad de San José tiene 15472 habitantes, es muy probable que se trate del cantón de San José; pues basta ver que en 1864 la ciudad tenía 8863 habitantes, y podemos notar que la población ha disminuído, lo cual no puede ser; pero si comparamos esta población con la población del cantón de San José, que nos dan los censos de 1801, 1815, 1836, 1844 y 1864, vemos que está más de acuerdo.

Cantón de San José: 1801, 11095; 1815, 11587; 1824, 15472; 1836, 17965; 1844, 19725; 1864, 21379.

Como se ve, la proporción es bastante aceptable, y de ningún modo podríamos admitir que lo que era la ciudad de San José en 1824 tuviera 15472 habitantes.

En el cálculo sobre la población de Costa Rica del 1º de enero de 1700, he-

A)—Población en conjunto

cho por el Doctor don Bernardo Augusto Thiel, vemos lo siguiente: (2) Cartago y sus valles de Barba, Aserri, Escasú, Chircagre, Sabana Grande (3) y Matina, tiene una población de 2353 almas; bien sabido es que en 1700 no había ninguna señal de población en la Boca del Monte capaz de formar una población, pero sí sabemos que existían algunas fincas dispersas en el Valle de Aserri, y siendo éstas las que más tarde se iban á aglomerar para dar principio á lo que iba á ser San José, tiene algún interés el mostrar que los pobladores en esta época eran insignificantes en número.

De los 2353 habitantes de estos valles,

1981	eran españoles y ladinos
124	— indios
48	— mestizos
100	— negros y
100	— mulatos y zambos

Como se ve, la gran parte de la población era española y ladina, y lo más seguro es que todos éstos habitaran en Cartago y en los alrededores, quedando menos de la mitad para repartirlos en los pueblos indicados.

En 1709 se hizo el censo de los pueblos de indios, resultando para Aserri 125 familias, y para Barba 191 familias, haciendo un total de 316 familias; ahora,

(1)—El cantón de San José, según el censo de 1864, comprendía: Centro de San José, Cuatro Orillas, San Francisco, Mata Redonda, Pavas, Hatillo, Zapote, Guadalupe, San Vicente, San Isidro, San Juan, Alajuelita y Mojón.

En 1883 comprendía: Carmen, Merced, Hospital, Catedral, San Pedro, Zapote, Curridabat, San Vicente, San Isidro, San Juan, Uruca, Mata Redonda, Santa Bárbara de Pavas, Hatillo, Alajuelita y los barrios de San Francisco de Dos Ríos, San Gabriel, San Sebastián, Carrillo y Guadalupe.

En 1906 comprendía los distritos del Carmen, Merced, Catedral, Hospital, San Pedro y el Mojón, Curridabat, San Vicente, San Isidro, San Juan, Alajuelita, Las Pavas, San Jerónimo, La Uruca, Zapote, Mata Redonda, San Francisco de Dos Ríos, Hatillo y San Sebastián.

(2)—*Revista de Costa Rica en el siglo XIX.*

(3)—Este Sabana Grande es probablemente el que más tarde se llamó Sabana Larga; y que después dió origen á la actual población de Atenas, habiendo dado permiso para que los habitantes de esos lugares fundaran una ermita, se agrupen en rededor de ella y nombren las autoridades civiles el 1º de mayo de 1833.

haciendo á cada familia de 4 individuos por término medio, (4) nos resulta un total de 1264 almas; pero como este censo se hizo en 1709, es seguro que la población de estos dos pueblos habría aumentado en algo, y para quitar esta dificultad vamos á suponer que en el transcurso de 9 años aumentaron estos dos pueblos en 264 individuos, siendo esto una suposición que me propongo demostrar; nos quedan, pues, muy pocos habitantes para distribuirlos en los demás pueblos, lo que nos dice que los pobladores del valle de Aserri en 1700 eran tan pocos que no valía la pena de tomar esta aglomeración ni con la categoría de barrio.

Un dato ya más seguro sobre la ciudad de San José es el que nos da el Obispo Morel de la Santa Cruz en su informe de 1851; en él dice que la villa de San José, que ahora se está formando, tiene 11 casas de teja y 15 de paja y que con los alrededores tiene una población de 2330 almas.

En 1778 se hizo un censo de Villa Nueva (San José), y resultó que tenía:

561 españoles
3586 mestizos y
764 mulatos y negros.

Es muy seguro que aquí se hable tam-

bién de lo que hoy comprende el cantón de San José.

La población de Villa Nueva, según el censo de 1783, era de:

577 españoles
3664 mestizos y
628 mulatos

Varias consideraciones de peso nos hacen pensar que en estos censos no se hablaba de lo que es hoy la ciudad de San José, sino de lo que hoy comprende el cantón del mismo nombre.

En 1801 se practicó un nuevo censo; ya en esta época podemos notar un número de habitantes satisfactorio; de este tiempo en adelante, los pueblos; en general de Costa Rica; crecen más y más; esto lo podemos demostrar por los datos siguientes:

Población de Costa Rica
en 1801..... 52591
Población de Costa Rica
en 1900..... 303762

Como se ve, la población ha aumentado mucho, y es seguro que ya en el año 2000 Costa Rica tenga una población mayor de un millón, esto si los habitantes siguen laboriosos y amantes al trabajo como hasta la fecha. (5)

POBLACIÓN DEL CANTÓN DE SAN JOSÉ EN AÑOS ANTERIORES Á 1824

Años	Totales	Españoles	Ladinos y mestizos	Mulatos y negros
1751.....	2330.....
1778.....	4911.....	561.....	3586.....	764.....
1783.....	4869.....	577.....	3664.....	628.....
1801.....	11095.....	1837.....	8547.....	711.....
1815.....	11587.....
1824.....	1572.....

Todavía en los censos de 1836 y 1844 no se especifica la población de la ciudad, sino que siempre se anota la del cantón.

1836..... 17965
1844..... 19725

19 de marzo de 1908.

Ya del año 1864 sí se puede apuntar una cifra exacta, pues el 3. de noviembre de este año se levantó el censo de la República, bajo la dirección de F. Estreber, y en él se especifica el número preciso por ciudades, pueblos, barrios, cantones, provincias y comarcas.

José M. Fristán

(4)—El número de miembros de una familia es muy variado; las hay de los 2 cónyuges y más de 4 hijos y otras con menos de 4 hijos; por eso he tomado un término medio de 4.

(5)—Para ver el aumento de población, se puede observar el cuadro que representa la curva de la población de Costa Rica en 106 años, levantado por el ilustre estadista don Manuel Aragón.

La población de San José en 1801 era de 11095 individuos; en el censo de 1815 aparecen 11587.

En 1824 tenía 15472, y aunque este censo habla de la ciudad de San José, ya he apuntado las razones que tengo para afirmar que se trató de lo que hoy es el cantón de San José.

Don Pablo Biolley

Es notorio que el departamento de instrucción pública está de malas de algún tiempo á esta parte: casi de un golpe, la muer-

señalado en la enseñanza escolar de ese arte, el primero de todos; la señorita Brígida Morúa, de quien, con relación al magisterio,



Don Pablo Biolley

te ha segado en él un haz de existencias preciosas: la señorita Pacífica Zelaya, que, por sus aptitudes en el dulce ejercicio de la música, había de ocupar puesto

era lícito decir lo que de Alfonso Daudet decía Zola en lo concerniente al arte de la novela: poseía la gracia que abre dulcemente el camino hasta el santuario recón-

dito de los corazones; doña Julia Lang viuda de Escalante, que supo hermanar en la escuela los métodos estrictamente pedagógicos con la satisfacción de necesidades á que, no siempre en proporciones justas, ha suplido hasta ahora el hogar; por último, don Pablo Biolley, que tan sólo ponfa en ejercicio su inteligencia para investigar los fenómenos cuya apropiación podía ser fuente de utilidad práctica y para trasmitir á sus alumnos los conocimientos que en la soledad íntima del laboratorio ó en el seno palpitante de la naturaleza había logrado adquirir.

Don Pablo Biolley vino de Suiza, su patria, en el grupo de profesores que el ilustre don Mauro Fernández contrató, hace de esto más de veinte años, para organizar y dirigir la segunda enseñanza según los sistemas que entonces eran modernos para nosotros. El señor Biolley no sólo cumplió con su compromiso: se apegó al país, se connaturalizó con nuestras costumbres, fundó hogar y formó una familia, que, así por sus vinculaciones como por sus afinidades, se confunde totalmente en la masa étnica nacional. El señor Biolley sirvió constantemente á la República como profesor de Ciencias Naturales, ya en el Liceo, ya en el Colegio Superior de Señoritas: son muchos los jóvenes que en ese ramo tan entretenido como útil con él hicieron su aprendizaje.

Pero no se contentaba el señor Biolley con desempeñar á secas

sus funciones de profesor, lo que le habría bastado para ganar como bueno la subsistencia de los suyos. El amaba la ciencia; él amaba á Costa Rica, y aguijoneado por esos nobles estímulos, hizo estudios muy serios sobre la fauna y la flora costarricenses, — estudios que en otras tantas monografías dió á conocer del gremio científico, con el cual se hallaba relacionado. Escribió también una Gramática del griego para la enseñanza de esa asignatura en el Liceo de Costa Rica, y redactó, además, un compendio de Historia Natural, que sirve aún de texto en los grados superiores de la enseñanza primaria.

El señor Biolley prestó muy valiosos servicios al Instituto Físico-Geográfico y á la Sociedad Nacional de Agricultura, de los cuales era miembro tan inteligente como acucioso. Por todas partes encontraréis en esas asociaciones las huellas de su varia y provechosa labor.

El Ateneo de Costa Rica lo combatía con satisfacción entre los suyos: es el primer socio que pierde la joven institución nacional, foco en que convergen, hasta formar una estrella, los rayos lumínicos de la intelectualidad costarricense. Pero no es el Ateneo sólo el defraudado con la muerte, prematura aún, del laborioso trabajador; lo es también el profesorado de la República; lo es también, en una palabra, el país entero. Don Pablo Biolley merece bien de Costa Rica.

Fusto A. Facio



El fin de un hombre libre

Para Páginas Ilustradas

Aquella tarde de mayo la luz del sol parecía como estancada en el jardincito cercado por las lilas y los naranjos. De cada minúscula estrella de amatista, de cada cáliz de nieve, se exhalaba un voluptuoso incienso de Primavera que embriagaba los sentidos é invitaba á gozar de la vida. Así debió sentirlo Román, pues volviendo la cabeza, en la que ya crecían otra vez revueltos los cabellos y su rala barba que hacía aún más intensa la palidez de su rostro de tuberculoso, dirigió una mirada de anhelo ansioso hacia la ventana que, entreabierta, parecía tener tras sí como un querer entrar de la Primavera en aquella habitación saturada de las emanaciones de la creosota y del éter. Y su mirada triste, que cada día se amortiguaba más en las oscuras concavidades de sus ojos, cómo parecía anegarse desesperada en aquellos rayos luminosos entre los que cantaban los pájaros y zumbaban las abejas, mientras la brisa suave y perfumada mecía las ramas de los árboles y las hojas de las plantas.

Una voz de mujer se dejó oír cerca del enfermo diciendo, solícita y dulcemente:

—¿Quieres algo?

Román contestó un *no* apenas perceptible.

—¿Qué tal estás?— insistió aquella voz después de una cortísima pausa.

—Como siempre. Déjame solo un rato: ¿quieres?

—¿Solo, Román.....?

—Sí, hazme el favor.....

—Pero sí.....

Ya no insistió el enfermo y al ratito vió á la figura blanca cruzar la habitación con paso quieto, obscureciendo momentáneamente la ráfaga de luz, y desaparecer.

Con la sensación de que tampoco aquella vez Lidia quería dejarle solo, el enfermo cerró los párpados y con cierta impaciencia febril arrugó la vuelta de la sábana entre sus dedos, largos y huesosos, en los que brillaban las uñas como curvados y amarillentos vidrios.

¡Siempre, eternamente, aquella compañía bondadosa que había venido á ser como el grillete puesto á sus energías vencidas en plena juventud! ¡A él que abominaba de todo vínculo impuesto por la Sociedad ó la Religión; que había querido ser siempre un apóstol de la existencia libre, del amor libre, del libre pensamiento! Y haciéndose la ilusión de que lo que estaba de allá de la

ventana podía entrar en su cuerpo, vivificándolo, le dijo á Lidia, á la que adiviné en un rincón de la estancia, que abriera la ventana de par en par.

La mujer se resistió tratando de hacerle entender que el aire podía dañarle, sobre todo en aquella hora en que cada día aumentaba la calentura; pero él, terco como un niño, insistió nerviosamente esforzando su apagada voz y respirando con fatiga. Y la mujer, moviendo tristemente la cabeza, abrió la ventana.

Libremente entraron en la habitación la luz, el aire y los efluvios primaverales. De quicio á quicio de la ventana trepaban, retorciéndose sobre ellas mismas, las ramas de una enredadera, y entre sus hojas de verde gris mecíanse las azules campanillas. Arriba en el cielo, de un purísimo azul, una banda de palomas dibujaba caprichosas guirnaldas; y allá en el horizonte lejano las montañas se enseñoreaban sobre espléndidas alfombras de dorada retama. Entre las últimas lilas y las primeras retamas surgía de dos manchas verdes la corona de balaustres de piedra del mirador de la casa vecina, escondida por las frondosas magnolias; y allá en la azotea, bajo un toldo de rosales, exuberantes de flores, Román alcazaba á ver y gozaba de una escena familiar y de conmovedor encanto.

Sentada en amplio sillón de junco, la labor caída en la falda, una mujer reía alegremente; con una risa sana y espontánea que hacía temblar los dorados espejuelos y la blanca cabeza. Dos niños pequeños, colorados por el alegre afán de querer coronar á la abuela con rústicas y nutridas coronas de rosas, la envolvían en alegre parloteo. ¡Oh, qué visión para el moribundo soñador, la de aquel invierno que la primavera quería coronar de flores!

En aquella tarde de mayo, llena de cantos de pájaros, de perfumes de flores y de zumbidos de abejas, la abuela olvidaba la ruina de su cuerpo para recobrar una alegría juvenil en contacto con aquella infancia rebosante de vida, que trepaba por el sillón, con sus pierrecitas desnudas y los movedizos piescitos, para orlar su frente con la corona de flores. Y mientras las risas de la infancia y de la senectud se mezclaban, en alborotado concierto, con las ráfagas de la vida que brotaban por todos lados, Román, que sentía por momentos avanzar la inevitable muerte, tuvo más

claro que nunca el convencimiento de que su vida había sido inútil y estéril; una equivocación desgraciada y definitiva como tantas otras que había visto á su alrededor.

En su lecho de muerte, frente á frente de aquel cuadro vivo, visión llena de amor y fecundidad, revivió la santa memoria de su madre, de aquella mujer viuda en plena juventud y hermosura, y que había renunciado á los goces del amor, para darse entera y completa al cuidado y al cariño de su hijo adorado. Y en cambio él, ¿qué había hecho por su madre? La había sacrificado, egoísta, á sus utopías de apóstol de unas ilusorias libertades, dejándola, después de una vida triste y solitaria, morir fríamente sin haber podido oír las risas de los hijos de su hijo alegrar su vejez; sin las caricias de unas manecitas rechonchas que también hubieran tejido coronas de rosas para sus blancos cabellos. ¡Oh, cuánto habría dado Román, en aquel momento, por oír la risa alegre de su madre; por ver temblar su cabeza de nieve y sus lentes de oro resistiendo la embestida de sus nietecillos!! ¡Y él iba á terminar su vida, estéril, miserablemente, sin que de ella quedase en el mundo una estela viviente y fructífera..... y sin haber alcanzado ninguno de sus ideales.....!

¡Y los caudales de sus antepasados quedarían en manos extrañas! ¡Y su obra intelectual él no la vería realizada! Y la libertad soñada para la amada patria, ni él, ni ninguno de los suyos, carne de su carne y sangre de su sangre, la gozarían. . . . ¡Pobre, Román! Acababa su existencia cuando la de tantos otros era más fecunda. Y pensó entonces en el vecino; en el padre de aquellos pequeñuelos tan bonitos, tan alegres; en aquel hombre joven como él *burgués esposado*, esclavo, de quien él, Román, tantas veces se había conolido, á raíz de su conocimiento, cuando había venido á habitar la casita en que le tenía postrado su cruel dolencia. Y la vida de aquel hombre, menos libre que él, se abría fecunda y robusta en frutos de amor de carnes frescas y sanas, en los opulentos flancos de la esposa-madre, en la risa venturosa de la viejecita querida, orgullosa con su renovada maternidad. ¡Con qué amargura vinieron á la memoria del enfermo aquellas palabras de su madre:—“Hijo mío; ¿por qué no te casas? Cuando yo te falte, ¿quién te va á cuidar?”

Al hablar así no pensaba la madre, no, en su propia vejez, yerma y solitaria; pensaba más allá de ella; después de su muerte, en el desamparo que esperaba al hijo de sus entrañas. Entonces Román se refa de los temores de su

madre y la reñía diciéndole que era demasiado esclava de la rutina y de los convencionalismos sociales. El no quería ligarse, no creía en los vínculos impuestos por las leyes: quería ser siempre libre, para vivir como un hombre libre, á merced únicamente de su voluntad soberana. No se había casado ni nunca se casaría; encontraba odioso, hasta inmoral el matrimonio que enyugaba dos cuerpos eternamente. . . . hasta cuando se repugnaban; no aceptaba aquella cadena que hacía de la mujer un ser sin voluntad y sin acción propia. . . . ; Y durante años enteros, en cambio, Román (bien lo sentía ahora como nunca) creyéndose amo de sí mismo, había dejado que la Lidia fuera envolviéndolo, como envuelve la hiedra firme y graciosamente al joven roble que aniquila!

Encontrada en el azar de una orgía, cuando aún era bella—si ya no joven—el apasionado de veinte años, hermoso como un Apolo, de tronco vigoroso y sano, se había sentido orgulloso de venir á ser el amante de la mujer espléndida cuyas caricias los contemporáneos de su padre, habían, en un tiempo, pagado á peso de oro. Más adelante, movido por un afán de estudios psicológicos, Román había ido entrando, sin temor, en la vida de Lidia y de los suyos, seguro de poderse desprender de ella cuando se le antojara. Le interesaba toda aquella gente que vivía libre, independientemente en la lujosa casa que él, entonces, amante de Lidia, sostenía gozando con todos de placentera comunidad.

El marido de ella, tipo tranquilo y poco molesto, especie de degenerado ó filósofo, que había hallado en el camino de su existencia, más que modesta, un buen pasar—gracias á la belleza y al talento de su mujer—se deleitaba bonachonamente sin angustias, ni otra preocupación que la de no estorbar; antes al contrario, se hallaba siempre dispuesto á prestar sus servicios cuando se creyesen necesarios. Los hijos, hombres de más edad que Román, aceptaban como la cosa más natural del mundo, vivir de aquella manera, puesto que nunca habían conocido otra.

Muchas veces la madre de Román, sabedora del *collage* fatal en que vivía su hijo, había intentado librarle de él por todos los medios; pero era en balde. Gran artista del vicio, que había aprendido de cien maestros, Lidia triunfaba siempre, y de día en día iba haciendo más suya aquella juventud llena de savia, en cuyos labios ardientes, los de ella, que la destreza de Mesalina no dejaba aparecer marchitos, bebían y vertían á grandes sorbos los goces del amor. Y fueron pasando los años; y si bien en el fondo del alma de Román vivían aún

los ideales de libertad de todo un pueblo que luchara por romper sus ligaduras; si bien su cerebro concebía aún grandes cosas que eran admirables utopías de reivindicaciones, llegó un día en que se sintió inútil para la lucha activa y hasta sus escritos, sus disertaciones fogosas, palpitantes de un gran amor por el Universo, callaron y se extinguieron como un fuego sin combustible.

Su cuerpo, antes de olímpica belleza, erguido y fuerte como una peña, se fué encorvando; su sangre pura, se envenenó locamente en los placeres que hallaba en los brazos de Lidia, y empobrecida rápidamente dejóle sin alientos, sin energías, viejo antes de serlo.

Su madre había muerto con un odio sordo contra aquella mujer que se había apoderado de aquella hermosa juventud que ella imaginó tan fecunda, desde la cuna del pequeño Román hasta la manifestación de la privilegiada inteligencia del hombre hecho, á quien el mundo en que vivía empezaba á admirar... y había muerto todo, todo en aquella red tan temida de las madres; los brazos de una mujer, impuros y fatales. Y muerta la madre, Lidia, cada día más loca por Román, había despedido al viejo amante que la sostenía espléndidamente y con el pretexto de la salud del enfermo, se lo había hecho suyo llevándosele á vivir con ella en su propia casa. Y Román, que moralmente se sentía atado á aquella gente por el sacrificio de Lidia, se resignó á aquella ida, cada vez más enfermo, más agotado, definitiva, irremisiblemente perdido. Y no podía odiar á la mujer de quien se sentía adorado y que, después de una noche de amor, mortal para él, sabía transformarse en la más solícita de las enfermeras, llena de ternuras maternas, propias de unos cabellos que ya dejaba encanecer libremente, y de su rostro marchito en el que aún quedaban vestigios de una arrogante belleza.

En aquella casa todos parecían querer á Román, hasta el marido, que le asistía con una especie de fervoroso agradecimiento, pues la fortuna del joven proporcionaba á todos una vida cómoda y regalada, aunque no tan lujosa como la tenida con otros amantes anteriores; pero el hombre no era exigente y comprendía que con los años de Lidia *aquello* era aún una verdadera ganga para la familia.

Los hijos atendían al enfermo amables y solícitos, como á un huésped que, pagando con espléndida convenia conservar; y hasta le hacían compañía los parientes pobres, de problemática y sospechosa existencia, parásitos de aquel extraño hogar donde todo el mundo era libre; esposa, marido, hijos... todo el

mundo menos Román, al que *nadie esclavizaba*.

Infinitas y amargas pasaron por el pensamiento de Román, las remembranzas de todo lo que había perdido sin llegar á poseerlo. Hacía memoria de los amigos; algunos aún llegaban a visitarle, á hablarle de ideales comunes; á contagiarse de los entusiasmos que aún guardaba en el fondo de su ser, sin fuerza ya para lanzarlos fuera; amigos luchadores como él; algunos, como él esclavos de ficticias libertades; otros que habían hecho su camino entre los convencionalismos á que tuvieron que sacrificar sus primitivos sueños de sentimentalismo; pero éstos, que tenían esposa é hijos,—de los que nunca hablaban en casa de la *bueno compañera* de su amigo—éstos, llevaban en su frente cierta serenidad que Román, inconscientemente envidiaba, ya que los hacía aparecer más dichosos en su esclavitud que él en su libertad. Ellos andaban por el mundo, alta la cabeza, con su esposa del brazo, y para los seres nacidos de sus serenos amores, la Sociedad—aún injusta, pero al fin Reina, por ser la más fuerte—tendría afectos y respetos que á los hijos de Román y Lidia—si los hubiesen tenido—no podría conceder.....

Entretanto, más allá de la cerca de lilas, bien ajena á las amarguras que su vista llevaba al espíritu del pobre enfermo, la abuelita seguía riendo y los nietos, contentos con el deseado triunfo, palmoteaban gritando rítmicamente: ¡“¡Abuelita, bonita, es la madre de Dios!”

Román sintió un hipo subirle á la garganta; á su oído de tísico llegaban claras las voces y las risas. Ante la luz de la ventana se interpuso una sombra.

—¿Qué tienes?—volvió á decir la voz dulce, rozando con su aliento la cabeza del enfermo—¿Qué tienes?

—Nada—dijo él pensosamente.

—¡Oh, sí! tú estás peor. ¿Lo ves? Se hace tarde y aquí arriba las tardes son frescas; entornaré la ventana, como antes, y te daré la medicina.

No protestó Román y la habitación se oscureció otra vez. Pero aún debilitados se percibían los trinos de los pájaros y las infantiles risas, mientras se iba desvaneciendo el aroma de las lilas y naranjos que flotaba en el aire renovado de la habitación. La cabeza del enfermo se hundió más en la almohada y sus dedos volvieron á arañar la vuelta de la sábana.

De pronto, se sintió presa de un loco anhelo de *Naturaleza*.

—Ya que has cerrado tráeme... flores... del... jardín; corre... tráelas... tráelas aquí...—dijo á la mujer que le hizo repetir lo dicho; tan débil era la voz.

—¿Flores? ¿Quieres flores?... ¿no ves que te marearán, criatura?... Vaya, vaya... estate quietecito. Román; tápate.
—¡No!! Quiero flores; tráeme flores... flores que huelan... que huelan mucho... mucho....

Lo que él hubiera querido decirle á la mujer que tanto le quería era: "Tráeme risas de niños, sonrisas de madre y de esposa fecunda; tráeme un palomo de esos que vuelan por ahí arriba, como copos de nieve suspendidos en el cielo; tráeme amores verdaderos; tráeme besos amantes de esposa y de madre; tráeme libertad, tráeme vida... "

Pero no acertaba á pedir más que flores; flores de aquella primavera que él no vería agostarse bajo los ardientes rayos del estío...

La mujer, obediente, se alejó, caída la cabeza pálidas las mejillas y amargamente plegada la boca. El seno pendía sin firmeza sobre el vientre ya deforme. Hacía tantas noches ya que la infeliz

velaba! Su bata suelta estaba sucia y descuidada; pero aún en su andar se acertaba á ver un resto de voluptuosa cadencia, remembranza de la gentil belleza de aquel cuerpo tan generoso en goces....

Román quedó solo. Volvió á sentir aquel hipo que le subía á la garganta y le ahogaba cruelmente robándole el aliento, el aire, la libertad de vivir... y al fin salió; salió el mortal suspiro y con él llegó la única verdadera libertad en una terrible bocanada; la última bocanada de vida...

Y los ojos de Román, antes de nublarse para siempre, vieron entrar en la estancia á la piadosa é impura mujer que se acercaba al lecho de muerte con el seno lleno de azahares, la blanca flor de las vírgenes....

Y del otro lado de la cerca de lilas llegaban aún las infantiles risas, frescas... puras....

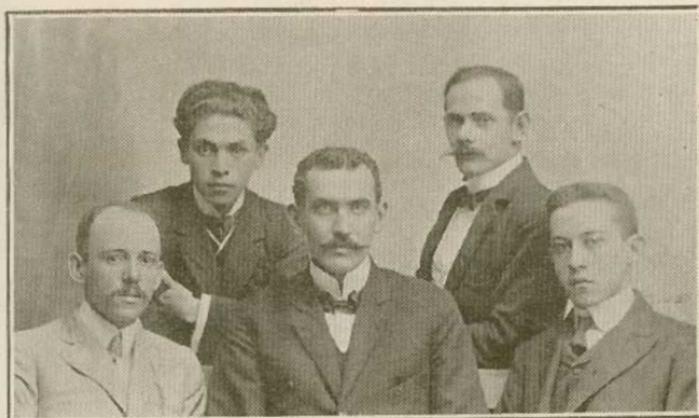
Carmen Karr (*)

Por la traducción, CÉSAR NIETO

Barcelona, 24 de enero de 1908.

(*) La señora Karr, redactora de una importante publicación de Barcelona, va á la cabeza, con Víctor Catalá, (otra señora), del movimiento literario de Cataluña. (Nota de la Dirección.)

UN GRUPO DE INTELLECTUALES



Fot. Paynter

De pie.—SANTIAGO MIRAL, costarricense.—DANIEL UREÑA, costarricense
Sentados.—DARÍO VALLARINO, Director de *El Cronista* de Panamá.
ALEJANDRO DUTARY, panameño.—LUIS A. GALOFRE, colombiano

NOTA SOCIAL



Matrimonio Fernández Castro

De fotografías de F. Robert

Una novela puede ser examinada por aspectos variados y muy distintos: ello depende del punto en que se coloque el que la examina, como que cada escuela literaria tiene un mirador propio para ver y juzgar las producciones del arte; hay, sin embargo, un aspecto que viene á constituir el fondo común en que por fuerza se dibujan, se desenvuelven y se realizan todas las obras humanas de carácter artístico: la realidad.

Las escuelas literarias disputan, ciertamente, en cuanto al modo de ver ó de expresar la realidad: el naturalismo sólo busca, desentraña y exhibe lo que ella tiene de feo, nauseabundo y odioso; la escuela realista nos hace contemplar las cosas á través de un eufemismo decoroso y amable, que tiende á la idealización de la Naturaleza. Pero de un modo ú otro, ello es que todas las escuelas literarias se proponen reproducir la realidad por medios artísticos. En este punto el acuerdo entre ellas salta á la vista.

Por lo demás, ha venido á ser un axioma literario que "el arte es la contemplación de la Naturaleza vista á través de un temperamento"; lo cual vale tanto como decir que todo autor pone en la realidad por él contemplada los estremecimientos emocionales que ella le inspira: así, cuando una obra de arte aparece es porque se ha verificado un fenómeno de compenetración entre la realidad y el espíritu que le ha dado forma literaria. No se harían de otro modo obras de arte con temas viejos.

Pero es también indispensable que la reproducción contenga todos los elementos característicos de la realidad reproducida: esto es lo que, según yo me figuro, constituye el mérito principal de la novela costarricense titulada *El Primo*, de la cual es autor don Jenaro Cardona. No hay en esta novela alambicamientos psicológicos, como los que suele hallar en sus filtros el ingenio sutil de Bourget, ni la urdimbre fantástica en que Dumas sabía aprisionar el nervioso interés del lector: lo que Cardona nos relata en *El Primo* es un suceso sin complejidad alguna y que ha pasado á nuestros ojos más de una vez; pero la emoción que él pone en lo que relata se trasmite á nuestros nervios con golpes de efusiva electricidad y nos hace seguir sin desmayos el hilo de su narración, en la que, si no hay

complicaciones de efecto, las cosas de la vida se enlazan lógicamente.

Las descripciones reproducen con exactitud el lugar en hála descrito, no ciertamente como lo haría una fotografía, que no admite las idealizaciones conscientes del arte, sino con la exactitud poetiza ca con que la imaginación reproduce las cosas de la Naturaleza; pero hay más todavía: sin faltar á ese precepto, Cardona ha sabido dar siempre á sus descripciones el tinte peculiar que nuestra tierra ha tomado por efecto de las costumbres campesinas, (no poco semejantes á las costumbres gallegas, á juzgar por lo que en doña Emilia Pardo Bazán he leído.) Se siente uno en el terruño patrio al recorrer los lugares por donde Cardona lo lleva á través de sus páginas.

En este concepto, el suceso de la novela podría tener lugar en cualquier parte del mundo en que privan las costumbres que la civilización de Occidente hace nacer á su paso, como secuela de sus beneficios; pero ya advertí que el mérito principal de la obra consiste precisamente en reproducir todos los elementos característicos de la realidad. Lo característico de la novela en cuestión es el medio en que ella se desarrolla; es decir, que le sirve de teatro. Por eso dije también que *El Primo* es una novela costarricense.

Ni sólo en este detalle ha sabido Cardona poner el colorido propio de la región: también discurren á la manera costarricense los personajes de *El Primo* que son producto del suelo. Parece raro á primera vista que presente distintivos de índole vernácula una sociedad cuyos factores esenciales son europeos; porque conviene decir, no en son de protesta, sino á título de información, que el elemento indígena y, tal vez, autóctono, no ha contribuido en esta parte de América al desenvolvimiento normal de la raza ni al aumento de pobladores. La raza indígena ha desaparecido casi de la población actual, que es de pura estirpe española: la sociedad vive y piensa al modo europeo.

Con estar así constituida la sociedad costarricense; mejor dicho, la colectividad costarricense, presenta, sin embargo, ciertos modos de pensar, decir y hacer que le dan, en conjunto, una fisonomía propia, sin que llegue por eso á constituir y formar un tipo aparte entre los pueblos de origen hispano; que, al fin y

(*) Artículo destinado á servir de prólogo á la edición que de *El Primo* hizo la casa editora de Calleja, de Madrid.

á la postre, nosotros pertenecemos al sistema solar cuyo foco es España, la que, al darnos vida, nos transmitió con ella, por ley de herencia, su mentalidad y su modo de ser. Sea, sin embargo, como fuere, esta colectividad de *hermanitos* presenta peculiaridades que la distinguen no poco y de sus congéneres.

Los que lean *El Primo* tropezarán á cada paso con ellas ep medio del barullo cosmopolita que, aquí como allá, forma la gente cuando para fines sociales se reúne. Fácil cosa es tal vez situar una narración en un lugar determinado del globo y poner en juego los personajes que han de mangonear en ella; lo difícil es caracterizar el medio de suerte que no se confunda con otro y hacer que los protagonistas piensen y hablen con arreglo á las influencias que obran en ellos. Esto último es lo que Cardona ha logrado hacer al escribir la novela costarricense titulada *El Primo*, que la literatura nacional tiene el deber de recoger y guardar como oro en paño.

Bastante han censurado los críticos la propensión á tratar asuntos que no se relacionen con el sér ó con la modalidad del pueblo á que el escritor pertenece; á la verdad, los escritores de la América Hispana se refocilan por lo general en un exotismo no pocas veces extravagante y aun falso; por lo que hace á nosotros, aquí también ha tenido cultivadores la literatura decadentista; pero su influencia sólo ha contaminado á unos pocos espíritus superficiales ó sin cultura. No es que yo sea partidario de la teoría literaria según la cual los escritores y poetas sólo han de beber inspiración en las fuentes que un pegaso criollo hizo brotar en el terruño nativo, no: á un cerebro pujante no le está vedado penetrar con la antorcha del saber en las minas de países remotos y aun pulir y engastar en rico joyel las piedras preciosas que de ellas extraiga. El arte es universal. ¿No ha sido de Oriente donde Pierre Loti ha extraído las perlas más brillantes de su literatura? Lo condenable es solamente lo falso.

Pero si recordamos las *tradiciones* de Palma, en que la majestad de la tizona se confunde con el tonete del indio, ó *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, el canto grandioso en el cual suenan con honda melancolía las últimas voces e la raza aborigen, hemos de convenir en que el subsuelo de América tiene filones cuya explotación debe emprender

el americano antes de lanzarse á la ventura por esos mundos, en persecución de los *países azules* que el decadentismo ha inventado para formar su quimérica geografía. ¡Qué demonio! ¿Necesitó acaso Pereda salir de la Montaña para escribir cosas que, por su hermosura y sublimidad, suspenden el ánimo? Todo el hito está en tener ingenio.

Entre nosotros se ha ensayado con bastante fortuna la explotación de los veneros nacionales: Manuel González Z. ha escrito cuentos en que, si bien se ha exagerado la nota de lo vulgar, se destaca con cierta exactitud el tipo bahuno del pueblo; Joaquín García Monge ha penetrado en esferas más amplias de la vida nacional, de que es *El moto* un interesante reflejo; Claudio González R. ha presentado *El hijo de un gamonal*, novela formada con elementos pertenecientes al solar de nuestros mayores; á Ricardo Fernández Guardia le debe la literatura costarricense, entre otras producciones de monta, una colección de *Cuentos tícos*, en que se paladean con igual deleite el sabor de la tierra y los primores de su aristocrático verbo; Aquileo Echeverría, este poeta que recorre el país de la Bohemia con la filosofía desdeñosa, pero dulce, de un rey tronado, ha escrito una serie de romances en que reproduce con exactitud realista las ocurrencias de nuestros *conchos*, (rústicos, en castellano viejo); son composiciones por el arte de las que ahora escribe en España el poeta murciano Medina; Jenaro Cardona es el que más recientemente ha trabajado en las canteras nacionales: *El Primo* es producto de su fatiga. Sin amenguar en nada el mérito de las obras anteriores, yo, por mi parte, me doy á creer que en esta última los elementos costarricenses están mejor caracterizados y que en ella se destaca con más relieve también la vida social de los *ticos*.

No diré yo que *El Primo* sea obra sin máculas: parte límites con lo ridículo el repetir que toda hechura humana las tiene: habría sido tal vez de desearse, por ejemplo, que el estilo fuera menos desaliñado; pero aun con esta y con otras imperfecciones que un análisis riguroso haría salir á la superficie, el notable escritor merece aplauso y estímulo por haber realizado una obra de empeño en que se traslucen con hermosa realidad las bellezas de nuestro terruño y las coscosas de nuestra gente.

Justo A. Facio

San José de Costa Rica,

21 de enero de 1907.

Párrafos de crónica

Encarnación Mayoral La joven artista nos ha dejado, no porque aquí desconociésemos las dotes singulares que, como cantatriz y como pianista, ella en grado sumo atesora, sino porque, en su pequeñez, este país no podía ofrecerle el provecho pecuniario que en cualquiera otro lugar indefectiblemente le aseguran el poder de su voz y la técnica de su arte.

Al oír á la señorita Mayoral, efectivamente, se disputan nuestra admiración, con igual y excitante solicitud, la dulce robustez de la voz, (no hay paradoja), y la maestría con que ella maneja ese instrumento divino. Porque la señorita Mayoral no se ha mostrado indiferente al dón precioso de que la Naturaleza, más generosa á veces que las hadas munificas de los cuentos, le hizo presente en la cuna y, con la conciencia de quien siente bullir la inspiración en su cerebro, como una fuente de mil surtidores, ha educado en el estudio el tesoro de su garganta, hasta hacer de ella un ave del Paraíso, que canta maravillosamente á tenor de su voluntad.

¡No son ciertamente para olvidadas esas noches, cuya solemnidad risueña sólo hallamos en los templos del Arte, en que, erguido el hermoso busto, --porque la señorita Mayoral es también una real moza,-- inundaba el teatro de acentos cuyas ondulaciones hacían vibrar nuestro sistema sensorio como vibrarían al contacto de corrientes siderales que, al herir nuestro tímpano, se deslían en una lluvia sutil y sonora.

Hay, entre nosotros, á mayor abundamiento, otro motivo de querencia hacia la joven artista, y es que ella se crió y formó en este suelo, que casi viene á ser una segunda patria para la señorita Mayoral; sobre que su condición de española, la misma de los costarricenses, por origen, habla y costumbres, es parte, seguramente, para que se sienta aquí como en terruño propio. Estas mismas circunstancias hacen también que los

amos tengamos á la señorita Mayoral por una gloria del suelo. Nos consolaremos, por ende, al pensar que sus triunfos artísticos han de reflejar un rayo de gloria sobre el nombre, casi desconocido en la geografía mundial, de su patria costarricense.

Numerosos, es claro, han de ser esos triunfos en aquellos centros de vasta cultura donde el arte ejerce poder irresistible sobre todos los espíritus, que sienten la necesidad de esparcimientos superiores con esa misma exigencia inaplazable con que el cuerpo reclama la satisfacción de los medios propios á facilitar la subsistencia fisiológica. Pero aquí vivimos en la confianza de que ni esto ni, menos aún, el prosaico aliciente del lucro han de impedir que la señorita Mayoral regrese en día no remoto al suelo en donde el ave de su inteligencia se estremeció por primera vez á las caricias del Arte.

Sé que el Gobierno de la República no aguardó á que se marchara para hacerle ventajosas proposiciones, que ella, sin embargo, no pudo aceptar en aquella sazón, porque ya tenía compromisos para dar algunos conciertos en teatros de Barcelona. Es de esperarse, con todo, que la artista hispano-costarricense acabe por aceptar las proposiciones del Gobierno y que la veamos otra vez entre nosotros dándonos á saborear las delicias del Arte en las hermosas veladas que, con tanto gusto como abnegación, ella sabía organizar en el áureo corral josefino y contribuyendo igualmente con sus lecciones á la vulgarización de la cultura artística, tan necesaria en todas las sociedades que desean campar con derecho por los trigos de la civilización.

Mientras tanto, aquí celebraremos como propios los triunfos que por allá obtenga la joven artista y sufragaremos íntimamente por que la alondra, que revolotea hoy por el espacio azul y sin límites, retorne pronto á su jaula.



En San José Heme aquí de regreso en la capital de la República: un mes largo hacía que este chisgarabís empecatado no ponía las plantas en las polvorientas calles de San José. "La noticia es sensacional", dirán con indignación los espíritus dados á estas observaciones profundas; ni más ni menos, les replico yo, que las noticias con que nuestros periódicos alimentan á diario la curiosidad chismográfica de sus "amables lectores", reuniendo así, poco á poco, un material tan escogido como interesante para que el ceñudo historiador de mañana deje patitiesos á nuestros choznos contándoles las mil cosas elevadas á que nuestra prensa dedica hoy sus respetables columnas.

Contaba yo, pues, que he estado ausente de Villa Nueva cosa de mes y medio y, como es deber mío, á fuer de cronista honrado, no defraudar á la Historia de noticias que pueden servir para levantar el edificio de una época, agregaré que no me hizo maldita la gracia trocar la quietud bucólica en que he vivido, escuchanda por todas partes la voz solemne de la vieja Naturaleza, no adulterado por los insanos artificios del hombre; recibiendo á todas horas la mirada errabunda que, como un agasajo mudo, pero sin falsía, los animales de vuestro corral ponen tiernamente en vosotros; sintiendo correr lentamente por mis venas esa ola tibia en que nos envuelven las horas estivales, haciéndonos caer en sopor que poco á poco se transforma en una como animalidad dulce y resignada; experimentando cuánta razón no tiene Fray Luis, el poeta, cuando dice:

Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido. . . ;
apercibiéndome, en fin, con Tolstoy de que sólo el aislamiento asegura la independencia; agregaré, decía, que no me hizo maldita la gracia trocar la quietud bucólica en que he vivido por este ajetreo fatigoso de la ciudad, en donde, por encima de todo, me sacan de mí las asperezas inevitables del contacto humano, que cada vez producen en mi epidermis escozores más vivos. Dura cosa, por cierto, es no poder uno moverse en este gra-

no de ans sin dar de bruces á la vuelta de cada esquina con las gentes que os miran de reojo ó que os son antipáticas. ¡Cómo me gustaría á mí la gran urbe,—"el desierto de hombres," que decía Chateaubriand.

Con todo eso, es de tal suerte caprichosa é instable la naturaleza humana que volví á la ciudad con ese placer un si es no es angustioso con que á veces cambiamos de sitio, aunque ello sea para volver á los lugares en donde, sin embargo, sabemos que nos aguarda la lucha. Pero no era en verdad el gusto acerbo de la lucha lo que al presente me atraía á San José con atracción poderosa: era la curiosidad cuasi malsana de ver á qué estado de decadencia había venido una ciudad en que tan terriblemente hacia presa el gusano de la crisis económica.

Ciertamente, yo temía encontrar á San José poco menos que en escombros; pero, ¡qué decepción, ó, para hablar más en armonía con mis sentimientos, ¡qué sorpresa tan agradable! Siempre ostentosa, á San José no se le ha dado un comino de la crisis maneteria que, según gritan nuestros mercurios, siembra la necesidad por todos los ámbitos de la República. Verdad es que este San José marrullero siempre tuvo maña para encubrir sus lacerias bajo una graciosa combinación de plumas y colorines.

Para eso, sí, para eso están ahí los almacenes de lujo, en cuyos limpios escaparates con bello desorden se amantonan las telas y arrequives con que las chicas de tono se confeccionan, (es un suponer), esos trajes aéreos que parecen sacados del hatillo de una hada. Es mucha verdad que estos elegantes perendengues cuestan un bigote; pero eso, ¿qué importa? ¿Para qué es, si no, el crédito?

Larra, el malicioso, decía que para traducir no era menester sino audacia y un diccionario y que al que tiene lo primero no le suele faltar lo segundo. Yo diría, parodiando al famoso tuerto, que para hacerse de crédito por aquí sólo se necesita ser empleado y no tner mucha preocupación y que no es cosa del otro jueves ver reunidas estas dos circunstancias en un solo individuo. Ni yo culpo tam-

poco á ningún oficinista chiquilicuatro porque tome á crédito lo que el buen parecer le exige que tome; porque, después de todo, ¿quién sino él sabe lo que debe á la reputación mundial de sus hijas? Sobre que todo se arregla con no pagar. ¿Para qué se quiere el tupé, si no?

Sobrarán, pues, hermosos atavíos interin haya almacenes y crédito. No si no, echaos á la ventura por esas calles y veréis hormiguar en ellas, dando el ¡quién vive! á los despreve-

nidos transeúntes, un sinnúmero de garbosas josefinas, siempre trajeadas con los mejores pingos de sus roperos. Lucen en la cabeza un penacho de plumas, merced á las cuales adquieren cierto aire muy espiritual de pajarracos exóticos, y gastan unos tacones sutiles, que las hacen caminar como de puntillas, poco menos que en vilo; pero si esto os parece extravagante é incómodo, sabed, estúpidos, que en ello está el quid de la suprema elegancia.

★

★

★

Diversiones

No poco me preocupaba también el temor de no hallar diversiones en San José. Pero, ¡qué disparate! ¿Cómo pude yo discurrir que faltaran entretenimientos en una ciudad á cuyos moradores nunca les ha dado el naípe por el ascetismo? Fácil cosa le sería á cualquier Victor Hugo de por acá escribirse un drama, ó una comedia, mejor, con este título: *San José s'amuse*.

Sí, San José se divierte. Todo lo más que para ello importa es tener buena disposición de ánimo, lo que no es muy difícil cuando Schopenhauer, ó cualquier otro alemán lloricón, no nos ha aguada la fiesta con sus amargas y crueles filosofías.

Sin contar, pues, con el circo de Tatalí, en donde una *troupe* de saltimbanquis nipones se lleva la atención de los josefinos con un cúmulo de suertes tan arriesgadas como inverosímiles, danse con frecuencia espectáculos que, sobre no causar erogación alguna al buen público, entretienen en sumo grado.

Por ejemplo: los políticos, que sienten como nadie la necesidad de hacer feliz á la patria, andan bonitamente á la greña por apenar con una prebenda de diputado, lo que, como es consiguiente, ha dado lugar á lances muy chuscos, de que si nosotros nos reímos, no es sino, valga la explicación, con todo el miramiento que merecen los presuntos padres de la patria.

Pero he aquí que, para hacernos olvidar la chapadanza legislativa,

llega el Dr. Jack, médico de tomo y lomo, exsecretario de la delegación yanqui en el Brasil, hombre de mundo, millonario, y, á mayor abundamiento, favorecido graciosamente por la Naturaleza con un dón de gentes que todo lo avasalla y que, así como así, es el lujo más superfluo en un millonario. ¡Miel sobre hojuelas! ¡Jack! Hasta este nombre de perro predisponía en favor suyo, asociando á su persona la nobleza extrahumana propia de este animal.

Pues, como decía, hace su aparición el Dr. Jack en el gran mundo josefino, y el gran mundo josefino, que tiene narices muy finas, cae deslumbrado á los pies nada pequeños de este sér original y bonachón, que se trae los bolsillos repletos de oro para gastárselo aquí tan campechanamente con sus conmitilones de los clubs y de la banca.

El Dr. Jack es el hombre del día. Santo, ¿dónde te pongo? El Dr. Jack obsequia á sus amigos; el Dr. Jack visita á los archipámpanos; el Dr. Jack pide por cable sus automóviles; el Dr. Jack... negocia letras de cambio... ¡Qué gran señor! Pero un buen día revienta por ahí la bomba de que al Dr. Jack le ha echado el guante la policía. ¿Por qué?, Dios de Israel! ¡Un hombre tan distinguido! Pues sencillamente porque el poderoso y honorable turista ha resultado un timador de lo más fino! ¡Si parece mentira! El gran mundo no acaba de hacerse cruces... y de reirse, aunque con risa de conejo.

El lance tal vez no sea muy divertido para los que aflojaron la mosca; pero esto precisamente hace que él sea en extremo divertido para todos los demás. Sin embargo, como quiera que en este mundo para todo hay

composición, si no es para la muerte, los estafados pueden decir también, por vía de consuelo: "Pues, señor, nos hemos divertido!" ¡Vaya si se han divertido!



La señorita Atilia Madriz

La sociedad ha contemplado con zozobra íntima la terrible lucha en las interioridades del hogar últimamente librada entre la señorita Madriz y la Muerte, á quien en ocasiones vemos hacer gala de su poderío incontrastable obteniendo triunfos ruidosos sobre la juventud y la hermosura, sin conseguir, sin embargo, otra cosa que cometer una horrible injusticia é interrumpir bruscamente el desarrollo natural de una existencia en la más floreciente de sus etapas, haciendo odioso por ese motivo el ministerio augusto que la Providencia le ha encomendado, para promover las misteriosas evoluciones de la materia, cuando la materia ha cumplido en un todo con el objeto de su creación.

Por el vigor de su juventud, que florece en medio de hermosa y lozana primavera, la señorita Madriz parecia destinada á recorrer triunfalmente todo el camino de flores que la existencia abría á su paso, y por el que iba esparciendo, con la naturalidad dulce é inconsciente con que una rosa esparce para todos y sin egoísmo el perfume que guarda, el

encanto de su persona, la bondad de su corazón y el brillo de su inteligencia. Todo sonreía infantilmente en torno de esta joven dulce y amable que no conocía las amarguras acres de la existencia. El hogar cariñoso en donde con su mirada esparcía esos fulgores tibios que parecen como envolver á los padres en un manto del cielo, está hoy y para siempre colgado con un jirón del velo sombrío que la muerte echó de pronto sobre ella.

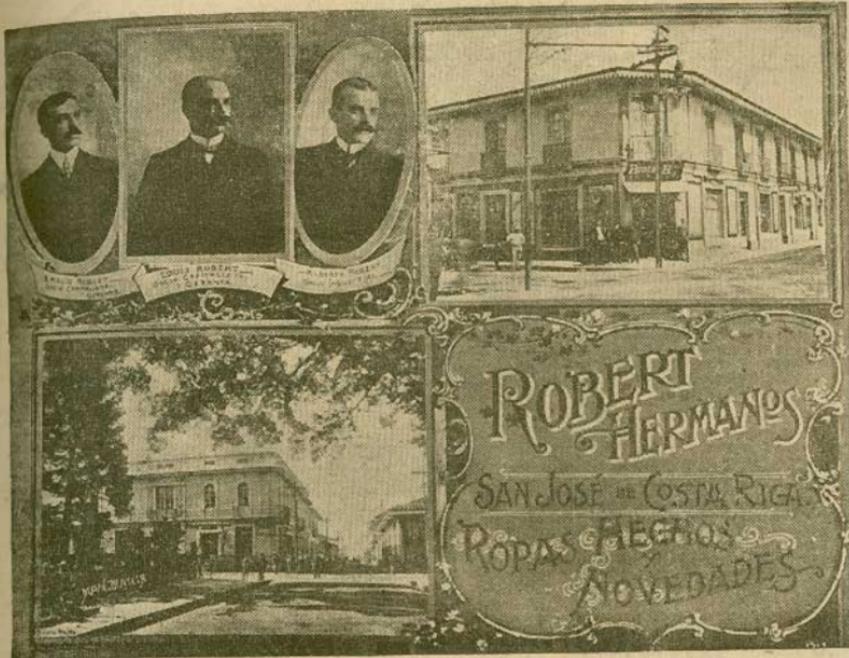
Pero.... ¡Cómo! ¿Hay más todavía? Sí: la muerte, al esgrimir su vieja é incansable guadaña sobre la frente marmórea de la señorita Madriz, ha aventado también el nido risueño que había formado el amor en el umbral de su casa. La señorita Madriz, en efecto, estaba próxima á unir su suerte con el señor don Alfredo J. de León, un colombiano muy distinguido, inteligente y caballeroso que en Limón representa á su país con el carácter de cónsul. El señor de León ha visto, pues, destrozado también por esa ráfaga de muerte el jardín bien cuidado y ameno donde él cultivaba sus ilusiones más queridas y más hermosas.

Gastón de Silva



ROBERT HERMANOS

GRAN ALMACEN
de ROPA HECHA



Durante muchos años ha sido y continuará siendo el primero en su género de Centro América. Constante renovación de todo lo que en materia de vestidos pueda desearse.

Vestidos para Niños
de todas clases y precios

PARA LA ESTACION
DE INVIERNO

Se ha recibido un completo surtido de
CAPAS de HULE
PONCHOS
MACFERLANES
SOBRETODOS
impermeables
CAPAS pequeñas
para colegiales
ZAPATOS POLAINAS
PARAGUAS desde © 1-50

¡Lo mejor y más barato!

PARFUM
CAMIA



V. RIGAUD
PARIS

AGUA
de
KANANGA
DEL JAPON



Desconfiarse
de las
imitaciones.

V. RIGAUD
8, rue Vivienne, 8
PARIS

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual,
corta los retrasos y
supresiones así como
los dolores y cólicos
que suelen colin-
cidir con las
epocas.

En todas las Farmacias

SALUD DE LAS SEÑORAS

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA, EL
CRYSTOL
TOCADOR

Es el remedio soberano de las
afecciones uterinas cura las *floras*
blancas, las *melritis* y en general
todas las *dolencias de las vías*
uterinas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas Farmacias.

* * *
Saludamos á nuestro amigo don Miguel H. Céspedes, quien se halla en la capital de paseo, procedente de Puntarenas.

* * *
Con rumbo á Estados Unidos partió el señor Ministro de Fomento don Oscar Rohrmoser. Que tenga feliz viaje.

* * *
Para Norte América salió nuestro amigo don Pío J. Fernández, á quien deseamos feliz travesía.

* * *
Como el colera infantil azota terriblemente á los niños, creemos de suma importancia hacer conocer un remedio por demás sencillo que ha dado grandes resultados en Francia é Inglaterra. Es las inyecciones de agua de mar, libre de todos los gérmenes, que se recoge á una profundidad de diez á doce metros. Se le adiciona un poco de agua potable muy pura y se esteriliza en el frío, sin contacto de metal ó caucho. Ha de utilizarse lo más tarde dentro de las seis semanas después de haberse recogido.

* * *
El Comité de la Paz en la América Latina, con residencia en Barcelona, España, ha nombrado individuos colaboradores del Comité Central, en Costa Rica, á los señores don Próspero Calderón, don Silvio Selva, don Daniel Ureña y don Claudio González Rucavado. Se trata de llevar á la práctica la idea del diplomático ecuatoriano Dr. Tobar, expuesta en el folleto que lleva por título «Un asunto digno de ser tratado en el Congreso de la Paz en La Haya». Ya hablaremos sobre el asunto.

* * *
Saludamos cariñosamente al joven escritor colombiano don Luis A. Galofre, quien regresó de su viaje á la tierra de los lagos.

* * *
Ha sido nombrado Cónsul de Panamá el caballero cartaginés don Nicolás Casasola. Lo felicitamos cordialmente.

* * *
La Municipalidad de Choluteca, Honduras, ha acordado levantar en la plaza de aquella ciudad una estatua de mármol á la memoria del notable estadista señor Marco A. Soto.

* * *
Han aparecido dos órganos más de la prensa: *El Progreso Cartaginés* y *La Información*. Larga vida deseamos á los nuevos adalides.

* * *
También ha visto la luz en estos días *El Vocero*, á cargo de nuestros amigos estimables los señores Cortés Andrino, Olavarría y Consuegra. Próspera vida, colega.

* * *
En la iglesia de San Francisco, en Cartago, se ha estrenado una hermosa campana fabricada en el país. Al acto asistieron más de tres mil personas.

* * *
Hoy será la inauguración en Grecia de la cañería y del edificio para escuela. Felicitamos á los griegos por esas nuevas obras de progreso.

* * *
La casa comercial Juan Knorr Hijos, nos participa que ha conferido poder generalísimo á los señores Federico Lütjmer Scherer y Máximo Chaves Vargas.

* * *
El Club Deporte «Juan Santamaría» ha trasladado su residencia á la casa frente á la de habitación del caballero don Tómas Zúñiga. Dicha asociación ha comenzado á fundar su biblioteca, cosa verdaderamente útil é indispensable para los obreros que trabajan por su mejora moral.

* * *
La Platería de París es uno de los talleres mejor montados que cuenta el país. El que quiera un trabajo artístico sin gran desembolso de dinero, puede ocurrir con entera confianza allí, que saldrá satisfecho.

* * *
Don Félix Robert nos avisa que ha abierto una galería fotográfica frente á la casa de habitación de don Salvador Lara. Le auguramos buen éxito.

* * *
Muy elegante, muy bien situada y admirablemente bien surtida ha quedado la nueva tienda del señor don Miguel Turrull.

* * *
Frente á la librería Lehmann se encuentra esa nueva joya del comercio capitolineo.

SERVICIO DE VAPORES

United Fruit Company

IMPORTANTE

Los pasajeros deben presentarse al Cónsul Americano en San José ó Limón, tres días consecutivos antes de embarcarse para New Orleans ó MóBILE, á fin de obtener una constancia de haber permanecido en estos lugares durante dichos tres días.

Véase el anuncio de la United Fruit Company en la página respectiva de avisos.

B A S E S

DEL CONCURSO DE BELLEZA DE

PAGINAS ILUSTRADAS

1ª) — *Páginas Ilustradas* abre un concurso para elegir la mujer más bella de cada uno de los países de Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, que haya de disputar el campeonato de la belleza universal á Miss Margarita Frey, de Chicago.

2ª) — Los interesados deben remitir los retratos al comisionado ó comisionados que en su oportunidad se nombrarán en las ciudades de Guatemala, San Salvador, Tegucigalpa y Managua, quienes á su vez los remitirán á la Dirección de *Páginas Ilustradas*, apartado de correos número 453, San José de Costa Rica, expresando al dorso con toda claridad el nombre y lugar del nacimiento de la señora ó señorita y una nota con el color de los ojos, del cabello y del rostro. Será conveniente que se envíen varias fotografías de la misma persona y que una de ellas sea de cuerpo entero.

3ª) Todas las fotografías recibidas serán examinadas por un Jurado compuesto de cinco miembros propietarios y tres suplentes cuyos nombres se expresarán oportunamente. La misión de este Jurado se-

rá seleccionar entre los veinte retratos de mujeres más bellas de cada uno de los países citados, cuatro por cada país, entre los cuales ha de ser elegida cada una de las Reinas.

4ª) — Además del *Jurado de Selección*, que se cita, habrá otro que se llamará *Jurado de Elección*, compuesto de tres miembros propietarios y dos suplentes, el cual escogerá una Reina por cada uno de los cinco grupos de cuatro fotografías seleccionadas, ó sea una por cada país.

5ª) — Podrán tomar parte en el Concurso no sólo las señoritas sino también las señoras que lo deseen, pues lo que se pretende es buscar la mujer más bella de cada una de las cinco Repúblicas hermanas, cualquiera que sea su estado civil.

6ª) — Las fotografías pueden ser remitidas por las interesadas y por sus amigos y parientes.

Páginas Ilustradas ha nombrado sus representantes para este concurso, en Guatemala, á don Francisco Contreras B.; en San Salvador, al Dr. Alonso Reyes Guerra; en Tegucigalpa, á don Luis Andrés Zúñiga y en Managua á don Juan R. Avilés.